

## Huesos de papel

Laura permanecía de rodillas sobre el suelo del baño como si de una madeja de huesos amontonados se tratara. Mientras observaba los restos de un minúsculo desayuno esparcidos por el inodoro, notaba en su boca una sensación arenosa que apenas le permitía juntar sus labios resecos. Una mañana más, había sucumbido a la crueldad de aquel espejo maldito. Cuando su frágil cuerpo se reflejaba en él, juraba escuchar una risa malévola retumbando por las paredes de su habitación, y entonces el fuego intenso se apoderaba de su pecho hasta hacerla hiperventilar. Observaba con detenimiento su desnudez, mientras una lluvia de lágrimas arrasaba sus blancuzcas mejillas. Sus muslos, apenas provistos de carne, podían confundirse fácilmente con rosáceas patas de araña. Sus brazos, que habían mutado en alambres de piel, oscilaban arrítmicamente alrededor de su torso. Se fijaba en su vientre, cada vez más cóncavo, para completar su imagen frente al espejo. Y entonces, lloraba todavía más.

— No he perdido un solo gramo en la última semana. No puedo seguir así —se maldecía a sí misma, presa de la desesperación, mientras comenzaba a vestirse y lanzaba una mirada asesina a la báscula.

Luego salía de su habitación, no sin antes haberse enjugado las lágrimas con las sobras de la manga de una camiseta dos tallas mayor a la suya.

En la cocina la esperaba su madre, que exprimía sin apenas energía una naranja amarillenta, mientras perdía su mirada en algún punto fijo tras la ventana. Ambas se daban los buenos días evitando que sus ojos se encontraran, y desayunaban. En realidad Laura sólo fingía que lo hacía, pues al cabo de un rato los restos de tostada y zumo naufragaban por las cañerías del baño.

Aquella mañana, Laura se sentía especialmente triste. Su vida en los últimos meses se contaba por gramos y ya apenas tenía ganas de seguir sumando y restando. Mientras se encontraba sumida en sus pensamientos, su madre le preguntó:

— Laura, hija... ¿Qué te pasa? Tienes mala cara... Me tienes preocupada.

— ¡Nada! ¡No me pasa nada! ¿Por qué siempre me tiene que pasar algo?

—Respondió, enfurecida.

Caminaba hacia el instituto fijándose en los adoquines grises del suelo, que aquellos meses de octubre ya acumulaban cientos de hojas palmiformes y perezosas. Mientras andaba, notaba cómo el peso de la mochila cada vez encorbaba más su espalda. Cuando ya habían transcurrido unos minutos desde que saliera de su casa, se percató de que una voz la llamaba con insistencia. Al principio pensó que sería otra Laura a la que estaba nombrando, pues no podía decirse que su red social fuera especialmente amplia. Pero al cabo de unos segundos, no le quedó más remedio que detenerse y girar la cabeza.

— Hola, ¿te conozco? —Preguntó Laura a la joven que venía tras ella y que movía su mano en señal de saludo.

— Hola, ¿qué tal? Soy Paula... No me conoces, pero voy a tu instituto. Te veo todos los días, creo que además somos vecinas —respondió.

— Ah... Pues nunca te había visto... ¿Querías algo? —Espetó Laura, observando con detenimiento los ojos extremadamente saltones de aquella chica.

— En realidad no. Sólo me preguntaba si te apetece que vayamos juntas al instituto. Tal vez sería más divertido si vamos haciéndonos compañía.

— Bueno... Si quieres... Me da lo mismo —respondió Laura, lamentando casi al instante haberse mostrado tan antipática.

Emprendieron de nuevo el camino hacia el instituto sin saber muy bien qué decirse. Aunque les llevó apenas diez minutos llegar a su destino, Laura tuvo el tiempo suficiente para comprobar que Paula tenía las manos pálidas y huesudas. Le recordaban a las de su abuela.

Casi no intercambiaron palabra alguna, pero ambas parecían sentirse cómodas. Cuando llegaron a la puerta del instituto, Paula le dijo a Laura:

— ¿Te apetece que volvamos también juntas?

— Bueno... Vale.

Y así fue como Laura y Paula comenzaron a fraguar su amistad.

Cada mañana, se esperaban mutuamente en el lugar donde se habían encontrado aquella primera vez. Al principio no hablaban demasiado, pero poco a poco fueron tejiendo una confianza que acabó por alargar las conversaciones hasta hacerlas casi normales. Laura no podía evitar mirar con descaro a su nueva amiga. Con el paso de los días había comprendido por qué sus ojos parecían tan enormes en comparación con el resto de su rostro. Estaba extremadamente delgada. Sus omoplatos se marcaban tanto a través de la camiseta, que parecían unas hombreras de hueso adornando su espalda. «Yo creo que esta chica está enferma», pensaba Laura, sin poder dejar de mirar una y otra vez los larguiruchos dedos de Paula.

Cada día, hablaban de las clases que habían tenido, de las rarezas de sus profesores o de lo mucho que les gustaba la asignatura de literatura. Era curioso, pero sin apenas darse cuenta, Laura había comenzado a sentir simpatía por aquella chica con la que tenía

tanto en común, e incluso le motivaba la idea de poder hablar con ella a diario. Bien era cierto que a medida que ella se iba notando más animada, veía a Paula cada vez más consumida y apática. Un día, Laura meditó sobre la posibilidad de preguntarle a su amiga si se encontraba bien. En el fondo odiaba tener que inmiscuirse en su vida, pues nadie mejor que ella sabía lo molesto que era que la gente metiese las narices en las cosas personales de los demás. Estaba harta de tener que responder una y otra vez a las paranoias de su madre, que no la dejaba vivir en paz.

— Oye, Paula... ¿Te puedo preguntar una cosa?

— Sí, claro —respondió su amiga.

— Tú... ¿Estás enferma o algo?

— No... Que yo sepa, ¿por? —Espetó Paula, aparentemente extrañada.

— No sé... Estás tan... Delgada.

— ¿Delgada? ¡Madre mía! ¡Qué dices! Si parezco una vaca...

Laura no supo qué decir ante aquello. Sólo pudo apiadarse de aquella chica, que parecía tan débil y cansada, que a veces temía pudiera llegar a desintegrarse. Era como si sus huesos fueran de papel.

A la mañana siguiente, Laura se incorporó levemente en su cama y apagó el despertador. Se recostó para disfrutar del calor que guardaban sus sábanas unos minutos más, hasta que volvió a dormirse. Cuando abrió los ojos de nuevo, había pasado más de media hora. Ya no llegaría a la primera clase, así que se levantó sin prisa y fue directamente a desayunar. Entró en la cocina, y entonces se percató de dos cosas

ciertamente inusuales. La primera, que su madre no estaba en casa. La segunda, que se sentía hambrienta.

Engulló dos tostadas de mantequilla con mermelada de frambuesa y un vaso de zumo mientras pensaba en cómo ayudar a su amiga Paula. Estaba claro que algo le ocurría. Invirtió tantos minutos en meditar sobre aquello, que el reloj volvió a pegarse a sus zapatos y apenas tuvo tiempo para coger la mochila y salir por la puerta de su casa. Dio por hecho que Paula ya se encontraría en el instituto, así que emprendió el camino en soledad a paso ligero. Mientras andaba, se dio cuenta de que aquella mañana, con las prisas, había olvidado acudir a su cita con aquel demoniaco espejo que tanto la torturaba. Se sorprendió al notar que su estómago le pesaba más de lo habitual.

Las clases acabaron, y Laura volvió a encontrarse con Paula. Presentaba un aspecto tan demacrado, que no pudo reprimir las siguientes palabras:

— Paula... ¿Qué te pasa? Tienes mala cara... Me tienes preocupada.

— ¡Nada! ¡No me pasa nada! ¿Por qué siempre me tiene que pasar algo?

—Farfulló, irritada.

El camino de vuelta se hizo especialmente largo. Laura se sentía mal por haber hecho enfadar a su amiga. Cuando llegaron al punto en el que habitualmente se separaban, Paula le dijo:

— ¿Sabes? Me das envidia. Eres todo lo que yo quiero ser.

— Pero... ¿por qué dices eso? —Respondió Laura, incrédula.

Pero Paula giró sobre sus pasos sin contestar y comenzó a caminar hacia su casa. Laura permaneció quieta, sin mover un pie del sitio en el que su amiga la había dejado, y

la siguió con la mirada. Observó intrigada cómo se detenía ante el portal número 22 y marcaba el 1ºC. Entonces Paula se deslizó a través de la puerta y desapareció.

Laura se despertó antes de su hora habitual al día siguiente. Moviada por un presentimiento, se levantó con rapidez y se vistió, procurando no hacer ruido para evitar despertar a su madre. Devoró dos tostadas con mantequilla y mermelada de frambuesa y un zumo, y voló por las escaleras de salida a la calle. Corrió como nunca lo había hecho, percatándose progresivamente de lo fuerte y ágil que se sentía. Dio la vuelta a la manzana y se dirigió hacia el portal número 22. Una vez llegó, se sentó en las escaleras exteriores a esperar a su amiga. Y esperó. Y siguió esperando. Pero dos horas después, Paula aún no había aparecido.

Fue entonces cuando decidió armarse de valor y subir al 1ºC a buscarla. Abordó despacio cada uno de los peldaños que la separaban del piso de su amiga y pensó en lo que iba a decirle si conseguía verla. Se detuvo ante la puerta y suspiró. Elevó su mano de manera firme y pulsó el botón del timbre, que chilló, estridente. Unos pasos comenzaron a acercarse desde el otro lado, hasta que el sonido inequívoco del picaporte girando retumbó en el pasillo. La imagen que apareció ante Laura, le hizo comprender todo de golpe.

— Pero hija, ¿no tendrías que estar ya en el instituto? ¿Te has dejado las llaves o qué?

— Mamá...